MIJAÍL

*Ulises de la Rosa**

La poca atención que atrajo el descubrimiento de Mijaíl no presagiaba lo rápido que crecería su fama, y mucho menos aún el impacto que significaría la noticia de su desaparición. Incluso antes de convertirse en la almeja más célebre del mundo, causó discordia entre los hombres que reclamaban el mérito de haberla encontrado.

Descubierto en las profundidades del mar Báltico, la primera disputa suscitada por el molusco ocurrió entre la Universidad de Estocolmo y el Instituto de Investigaciones Marítimas de Helsinki. Ambos grupos de investigadores recolectaban almejas con el fin de estudiar el deterioro de los mares a causa del cambio climático.

Las circunstancias bajo las que todo ocurrió son confusas: es verdad que los suecos sacaron a Mijaíl del agua, sin embargo, los finlandeses sostienen hasta la fecha que el balde en el que se encontraba pertenecía a sus buzos. El incidente no tuvo repercusiones inmediatas debido al gran número de almejas que había en la zona.

La polémica estalló días más tarde, cuando la Universidad de Estocolmo dio a conocer que tenía en su poder un ejemplar con vida de *Arctica islandica*, de unos 600 años, lo que convertía a la almeja, nacida

*Ulises de la Rosa (Ciudad de México, 1989) ha sido beneficiario de la beca Jóvenes Creadores del FONCA, en el género de cuento. Ha sido doblemente seleccionado para el curso de creación de la Fundación para las Letras Mexicanas y la Universidad Veracruzana, y su trabajo ha sido publicado en diversos medios impresos y digitales del país.

alrededor del siglo catorce, en el animal más longevo del que existiera registro. Su estudio permitiría, según palabras de los científicos, obtener información sobre los mares como nunca se había hecho.

Por supuesto, la reacción por parte del instituto de Helsinki no demoró mucho: enviaron una petición formal a los suecos para devolver al molusco, puesto que este había sido recolectado primero por buzos finlandeses. Como respuesta, la Universidad de Estocolmo aseguró que no había prueba alguna de que la almeja en cuestión perteneciera a los ejemplares perdidos por el descuido de sus investigadores. Dio inicio una campaña de desprestigio entre universidades y una querrela legal que además de captar la atención de los especialistas en biología, logró colarse en los noticieros.

Al no tener un precedente similar en los tribunales, se buscó la ayuda de un organismo especializado para mediar entre las instituciones en disputa. La elegida fue la Universidad de Dublín, a quien se le pidió ayuda para la resolución imparcial del problema. Mientras tanto, Mijaíl —nombre que le otorgó la hija del jefe de departamento a cargo de la almeja— permanecía resguardado en Suecia a la espera del fallo.

Desde luego, Mijaíl no era objeto de la buena voluntad: los investigadores elegidos para mediar en el caso tenían la oculta asignación de entorpecer el proceso al grado de volverlo irresoluble. Luego de meses invalidando argumentos de suecos y finlandeses por igual, el comité solicitó que la custodia de la almeja pasara a manos más capaces. Naturalmente el departamento sugerido fue el de ciencias ambientales de la Universidad de Dublín. El juez encargado de decidir la cuestión, harto de lo que desde el principio consideró un desperdicio de recursos jurídicos, vio una salida fácil en entregar el animal a los irlandeses.

Enviaron al molusco en un vuelo privado a Dublín, lo que, a sus años, le valió nuevamente la atención de los noticieros, al convertirse en la primera almeja en disfrutar de tal lujo. Tras su llegada a Irlanda, los planes del instituto se demoraron debido al interés de la gente, curiosa por conocer al animal más viejo de la historia. La universidad, que vio con buenos ojos la recaudación de fondos, aplazó las pruebas programadas para que cualquiera con el deseo de visitar al molusco lo hiciera a cambio de una discreta suma. Lo que se pensó duraría un par

de semanas se extendió por meses a causa de las personas que viajaban de todas partes para ver a Mijaíl posado en el fondo de una pecera, iluminado con un pequeño foco que recordaba los reflectores de un escenario.

El éxito de la exhibición hizo que la universidad pronto ampliara el recorrido: se incluyó una sala con la biografía especulativa del molusco a lo largo de los siglos; pantallas donde los visitantes podían apreciar por medio de animación computarizada los procesos naturales de Mijaíl; y una tienda de regalos. La demora de los estudios formales de la almeja ocasionó que tanto suecos como finlandeses apelaran la decisión del juez. Mientras se deliberaba nuevamente quién se haría cargo de la custodia de Mijaíl, la universidad intentó seguir con las visitas, pero tuvo que suspenderlas, incluso antes de la resolución de la corte, luego de que el encargado de la limpieza del recinto derribara el tanque que albergaba a la almeja. Presa del pánico, el hombre recogió al molusco que yacía sobre el piso y lo depositó en el único recipiente con agua que tenía a la mano: el cubo de su trapeador.

El incidente no pasó inadvertido para los medios de todo el mundo, que difundieron la noticia de que la popular almeja había enfermado a causa del detergente y agua contaminada a los que había sido expuesta. Surgió un panorama de indignación general los admiradores de Mijaíl, que no se despegaron del televisor, pendientes de su salud, hasta que se recuperó por completo.

El revuelo ocasionado por el animal desató una fiebre por replicar el prodigio de su edad. Los mares del norte se llenaron de embarcaciones que extraían toda almeja que encontraban en el lecho marino con la esperanza de dar con un ejemplar igual o aún más viejo que el que poseían los irlandeses. Aparecieron charlatanes que aseguraban tener almejas de más de 800 años en su poder, sin llegar nunca a probarlo. Fue necesaria la intervención de las autoridades para evitar que la recolección excesiva pusiera en peligro la supervivencia de la especie.

Semanas después del incidente con el hombre de intendencia, el juez a cargo del caso Mijaíl giró la orden de efectuar los estudios originalmente programados para el animal. La universidad responsable del molusco, harta del acoso mediático, aceptó el fallo de buena gana. Para su

mala fortuna, apareció un nuevo grupo con sus propios intereses: ambientalistas de distintas partes del mundo llegaron hasta la Universidad de Dublín, se plantaron frente al laboratorio donde Mijaíl era resguardado, y exigieron su inmediata liberación. Argumentaban que las pruebas que se realizarían al molusco ponían en riesgo su integridad.

La simpatía que la gente había desarrollado por Mijaíl no facilitó las cosas a los investigadores. Ante las campañas que surgieron alrededor del mundo tras lemas como “todos somos Mijaíl” o “libertad para la almeja”, la Universidad de Dublín tuvo que demorar aún más las pruebas pese a la resolución del juez.

Se instaló una mesa de diálogo para llegar a un acuerdo entre las partes interesadas por el futuro del animal. Por un lado, los científicos argumentaban que, de realizarse las pruebas, podría tenerse certeza de cómo y qué tan rápido progresaba el deterioro de los mares. Los ambientalistas por su parte alegaban que ningún conocimiento debía estar por encima de la vida, en especial la de un ser tan singular.

En la cúspide del debate aconteció la desgracia que terminaría por unir al mundo: un grupo de hombres encapuchados irrumpió por la fuerza en los laboratorios y se llevó a Mijaíl. Las investigaciones condujeron pronto a un grupo de ladrones ingleses, pero la almeja no estaba en su poder.

Los noticieros dedicaron por completo su tiempo al aire a la cobertura de la desaparición del animal más amado del planeta. A largo del Reino Unido surgieron personas que decían tener información, pero que solo complicaban las indagaciones. Un hombre, por ejemplo, reportó haber encontrado los restos de una almeja a orillas de una carretera en Manchester, pero luego de realizar los exámenes pertinentes la policía concluyó que se trataba sólo de la concha de un ostión común.

Tras un exhaustivo interrogatorio, los responsables del robo confesaron que habían sido contratados por un extranjero para dar el golpe. La policía acudió de inmediato al encuentro del comprador. No hicieron falta preguntas cuando, al llegar al apartamento del sospechoso, encontraron el cadáver insalvable de una almeja sobre los restos de un arroz azafranado, en compañía de tres o cuatro camarones.

El mundo entero convulsionó ante la idea de que Mijaíl hubiera terminado sus días en la paella de un demente. Alrededor del mundo se realizaron vigiliass, se encendieron velas y se organizaron manifestaciones clamando justicia. Los restos encontrados fueron llevados de vuelta a Dublín, donde se confirmó que, en efecto, se trataba de Mijaíl.

El responsable, un chef originario de San Sebastián, declaró sin remordimiento alguno que no tendría reparo en hacerlo nuevamente. Para indignación de los admiradores del molusco, la condena se redujo sólo a una multa, por ser su primera incursión como criminal, y porque, como él mismo afirmaría, Mijaíl era solo una almeja.

A pesar de los esfuerzos de la universidad por llevar a cabo alguno de los estudios planeados para el animal, no pudo obtenerse nada valioso de los restos a causa de la cocción y las especias. Una segunda exposición fue montada en Dublín, en la que además de los vestigios del molusco se mostraba una réplica de su primer tanque, fotos y algunas notas periodísticas de sus mejores momentos. La exhibición no fue ni la mitad de exitosa que su predecesora. Incluso acarreó algunas críticas de los dolidos, que censuraron a la institución por lucrar con la desgracia.

Tras el periodo de luto, y detrás de los subsecuentes fenómenos mediáticos, la gente eventualmente se olvidó de Mijaíl. Por falta de visitantes, la universidad cerró definitivamente la exposición y anunció que vendería los restos, aunque a la fecha aún no hay nadie interesado en comprarlos.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.